

Este año no ha sido un año bueno en muchos sentidos. Pero sobre todo ha sido un año malo en la pérdida de seres queridos.

Varios hombres y mujeres cercanos se fueron. Con unos me unían lazos de familia, con otros, los de la amistad. No sabría decir cuáles han sido más dolorosos. Parece natural el afecto que se genera con aquellos a quienes la vida te ha colocado al lado, uniéndote a ellos con un vínculo de sangre. Pero ni siempre es cierto que crees vínculos afectivos profundos y verdaderos con los parientes, incluso con los más cercanos, ni deja de ser maravillosa la afinidad que se crea con algunos con los que no te ha vinculado sino el azar.

Ha habido, como decía, varias pérdidas y aquellos que eran de mi familia y que han desaparecido, me perdonarán y sobre todo sus deudos más cercanos, que preste primero atención a dos personas que no eran de mi familia y cuya llegada a mi vida fue puramente casual, con esa acumulación de casualidades felices que raramente se produce.

Tuve un profesor de latín y de historia en el bachillerato que fue quien me inclinó a elegir letras. Gracias a él entendí qué era la historia y cuáles eran los secretos de las lenguas. Un hijo suyo vivía y vive, curiosamente, en el pueblo de donde es originaria la familia de mi marido. Allí había trabado amistad con un primo de mi esposo. Por esa coincidencia supe de la existencia del tal hijo de mi profesor y recuperé a través de él una relación efímera con mi maestro de bachillerato, pues murió al poco tiempo.

Unos años después, habiendo yo publicado un libro de relatos le pedí al hijo de mi profesor que fuera él quien hiciera la presentación pública del mismo, a lo que se prestó gustoso y lo hizo, como era de esperar, con cariño y con gusto. Tuvo la idea de enviarle a un tío suyo, el tío Carlos, un ejemplar de mi libro.

Por esa época el tío Carlos ya rondaba los ochenta años. Le encantó mi libro y a partir de su lectura me empezó a mandar preciosos cuadernos de rayas, de esos clásicos de los escolares de siempre, con narraciones de recuerdos, con anécdotas que había vivido, con pequeñas historias y reflexiones. Los escribía a mano, con una cuidada y viril letra. Por lo visto, solía hacer algo semejante con algunos de sus más íntimos amigos y con algunos de sus sobrinos.

Finalmente, en un viaje que hice a la ciudad donde vivía, pude encontrarme con él. Habían pasado algo más de cuatro años de escritura compartida. Me dijo, entonces, que era la primera vez que tenía ‘una cita a ciegas’. Me contó cómo se había hecho veterinario y el amor y la fascinación que sentía por las gallinas. Esto que puede sonar hasta ridículo, era, dicho por el tío Carlos, toda una declaración de amor, de trabajo y dedicación, era el resumen de una vida., de su gran sensibilidad y de su ternura.

El tío Carlos se murió en 2010. Acababa de recibir yo su último cuaderno que aún no había podido leer, porque me reservaba momentos de calma para disfrutarlos. Tardé casi tres meses en poder leerlo. Había yo planeado una nueva visita que no llegué a realizar por esas cosas de que tienes ‘obligaciones’ importantes y me sentía culpable e incapaz de leer aquella delicia de historias. No me parecía justo que me hubiera dejado un gozo como aquel, cuando yo no había tenido tiempo de dedicarle un día.

La penitencia es que ya nadie me mandará nunca cuadernos como aquellos, que añoro y ahora, de vez en cuando, releo, para que sepa que no me olvidó de él.

Unos meses antes de fallecer el tío Carlos, nos dejó un gran hombre con cuya amistad me sentía honrada y distinguida; Raimon Panikkar. Este hombre, ya famoso y solicitado por su gran valía y sus muchos conocimientos, llegó a mi vida por el interés

de un tercero en lograr su apoyo en una empresa universitaria. Yo me sentía un poco cohibida ante aquel gran hombre y hasta me daba vergüenza ir a pedirle que nos prestara su prestigioso nombre para la empresa que queríamos iniciar. Sin embargo, una chispa de empatía estalló desde el primer momento entre los dos. Quizá los que somos un poco o del todo 'mestizos' llevamos dentro una especie de señal que nos permite reconocernos, al haber tenido que luchar siempre con la marca de 'exóticos', cuando no de raros.

El había sabido conjugar perfectamente su origen indio con su catalanidad y yo andaba empeñada en conciliar también mis orígenes árabes y catalanes, pasados por un cierto toque andaluz. Tenía una fe a prueba de bombas, de la que muchos dudaban o incluso llamaban sincrética, en Jesús de Nazaret. Era un enamorado del hombre y un servidor del dios. Preocupado por el lado oscuro de las religiones, pasó la vida tendiendo puentes de comprensión y cercanía, pero también examinando con ojo crítico a la propia confesión y sus manifestaciones.

Como nuestra relación tenía un cierto toque académico, -que por otra parte enmascaraba el afecto que él me tenía, pues era un hombre muy pudoroso, aunque a ojos de algunos pareciera un poco exhibicionista- me enviaba sus separatas y tarjetones con letra de pulga, a ratos ilegible, cuando yo publicaba algo y se lo hacía llegar. Incluso alguna vez debió comprar mis libros porque yo no se los había enviado y me hacía observaciones certeras y críticas constructivas y siempre atinadas. Pero, especialmente, me hacía sentir que entendía esta identidad mía mezclada, mi empeño en mostrar la hermosura del islam que, a veces, aparece tan empañada como lejano puede ser el rostro del cristianismo del espíritu evangélico y mi postura de entender mi trabajo como una labor por la paz. Por supuesto yo era consciente de que mi aportación en este sentido era mínima y con muy poco eco, pero él conseguía confortarme con sus palabras y me ayudaba a entender que ningún esfuerzo, en ese sentido, por mínimo que sea, es del todo inútil.

Alguna vez lo visité en su retiro de Tavertet, me invitó a comer en compañía de algunos miembros de mi familia y esto sorprendió a no pocos, porque era muy celoso de su intimidad y raramente invitaba, como no fuera a cursos o actos académicos a nadie. Poco antes de morir recibí un tarjetón suyo y también una especie de circular en la que se despedía de amigos y contaba que cesaba en su actividad pública. No puede descifrar casi nada del tarjetón. Su pulso era más irregular que nunca y los trazos mínimos se confundían.

Quise ir a visitarle, temiendo que su final estuviera cerca. Por fin, se pasó el momento, no fui a verle y murió. El día de mi cumpleaños se celebró en la Abadía de Montserrat el funeral solemne por su alma. Me pareció un último guiño de aquel hombre sabio, cargado de conocimientos y de humor a quien tanto admiré y quise y quiero.

No quiero dejar de lado a los parientes: Uno, porque dio una gran lección de entereza y valor, al conocer el alcance de su enfermedad. No perdió el humor y la capacidad de hacernos reír, aunque su vida se hubiera vuelto una tortura. Me unen a él muchos recuerdos de fiestas familiares, de veranos cálidos y de mirar al Mediterráneo en compañía. Siempre generoso anfitrión y cariñoso pariente. No puedo decir que me quedara con las ganas de verle y, desde luego, lo llevo en el corazón.

La otra, no menos paciente con su enfermedad. No menos dócil y resignada. Conforme con su dependencia y disfrutando de las cosas más simples con el espíritu de una niña. Aunque por razones de distancia no había convivido mucho con ella, sí pude visitarla varias veces durante su enfermedad. Pude estar con ella en momentos duros y

en otros más alegres y, finalmente, pude charlar con ella de esto y aquello pocos días antes de que se fuera.

Estos dos amigos por ser de la familia dejan un hueco, pero es un hueco dulce porque dieron un gran ejemplo de serenidad ante la muerte, deseable para cualquiera de los que amamos y de nosotros mismos, para el día en que nos toque.

Pero, el año 2010 ha sido un año de lágrimas que no salieron en su momento. Todas estas muertes las he llorado después, cuando ya habían pasado meses, leyendo el último cuaderno del tío Carlos. En ese instante en que creí sentirme con valor para hacerlo, en ese momento, todos mis muertitos queridos se pusieron juntos para hacerme un último favor: llorarlos de golpe y pasar el trago de una vez.

Gracias, vosotros sí que habéis sido y sois buenos amigos.